

SEGUNDO PANEGÍRICO DEL SAGRADO
CORAZÓN DE JESÚS

(predicado en la fiesta del Apostolado de la Oración, en Bogotá, 1897).

Semper vivens ad interpellandum pro nobis.
Siempre está vivo para interceder por nosotros.

Hebr. 7, 25.

1. El mundo frío, indiferente ó incrédulo, ateo ó positivista, parece haberlo olvidado todo, hasta á sí mismo. La causa de tan triste aberración no es otra sino el olvido de Dios, principio y fin último de toda criatura. Al relegar á Dios al fondo de tan monstruoso olvido, el mundo ha descuidado el primero y principal deber del ser inteligente y libre, la oración. Hablo, cristianos, del mundo anatematizado por el evangelio¹, del mundo de tinieblas, de oposición á Jesucristo². Ese mundo es el que no ora, no sabe qué cosa es orar, no quiere la oración, cáusale hastío y horror hasta su nombre, y por eso la desdeña ó la denigra. *Væ mundo!* Si se conociera á sí mismo, si conociera á Dios, el hombre del siglo XIX, tan infatuado con los triunfos de su débil razón, se pondría de rodillas y oraría; mas entonces dejaría de ser mundo. ¡Dichoso día aquél en que toda la familia humana, esparcida por toda la redondez de la tierra, con sus millones de lenguas y en millares de idiomas, bárbaros y cultos, prorrumpiera á una sola voz en estas palabras lanzadas por labios divinos: *¡Padre nuestro, que estás en los cielos!...*³ Pero ¡ay, que tan justo deseo parece ser irrealizable, dado que en el actual orden de la Providencia, según la palabra de Jesucristo, es necesaria la presencia del escándalo: *Impossibile est*

¹ Matth. 18, 7.² Io. 15, 18.³ Matth. 6, 9.

*ut non veniant scandala*¹, y el mayor de los escándalos es la falta de oración, porque negarse á orar es tanto como rebelarse locamente contra Dios ó volverle las espaldas! Quien no ora, niega á Dios prácticamente: ni le adora, ni le pide; luego no le reconoce por Creador, ni á sí mismo se tiene por criatura. ¡Abominable obcecación! ¡escándalo increíble!

2. ¡Almas cristianas! ¡almas fieles! trabajad por apresurar la llegada de ese día en que suba al cielo, en forma de oración, la voz de todo el género humano. Trabajad, sí, como ya lo hacéis, por acercaros lo más que podáis al Corazón adorable de Jesús adorador, al Corazón de ese Hombre-Dios, Modelo el más perfecto de oración, Mediador y Pontífice de la oración humana, y objeto dignísimo, él mismo, de la oración del hombre. De él se ha escrito que: *En los días de su carne, ofreciendo con gran clamor y lágrimas sus ruegos y oraciones, fué escuchado por la reverencia que merecía*². Y, como si todo esto no fuera bastante, añade el Apóstol que *todavía hoy, resucitado y glorioso, intercede por nosotros*³; antes parece que no vive sino para interponer sus ruegos: *semper vivens ad interpellandum pro nobis*⁴. Dirigid más fervorosos que nunca vuestras súplicas á Dios; pero guardaos de separar al Hijo del Padre; pues, como enseña San Agustín, cuando el cuerpo místico de Jesucristo, la Iglesia, eleva al cielo sus súplicas, debe hacerlo junto con su Cabeza, de modo que sea el mismo Jesucristo, Hijo de Dios y Salvador del mundo, el que ruega por nosotros, y á quien rogamus en favor nuestro. Él ora por nosotros, como

¹ Luc. 17, 1.² Hebr. 5, 7.³ Rom. 8, 34.⁴ Ubi supra.

nuestro Sacerdote, ora en nosotros como nuestro Jefe, y él mismo es objeto de nuestra oración, como nuestro Dios¹. En otros términos: debemos orar como Jesucristo, con el Corazón de Jesucristo, y al mismo divino Corazón. Ved aquí todo el asunto de este discurso. El Apostolado de la Oración que hoy tributa en este templo sus solemnes homenajes á este Corazón santísimo, no es ni ha sido, desde su origen, otra cosa que una vasta asociación, no cualquiera, sino apostólica, universal, fecundizada por su unión con la oración del Corazón del Salvador. Hoy los nuevos Estatutos aprobados por la Cátedra Apostólica han acabado de poner en claro esta idea², y los socios de tan glorioso Apostolado no deben pensar sino en llenar cumplidamente los deberes que aquéllos les imponen mediante la práctica de la oración, tal como queda descrita y vamos á desarrollar en seguida, después de implorar las luces del Espíritu Santo por mediación del Corazón de María. *Ave María.*

I.

3. Nada más dulce, amados fieles, nada más atractivo que la imagen del Corazón de Jesús, tal como se reveló á su sierva Margarita y, por medio de ella, á nosotros: es menester cerrar los ojos ó volver la cara para no sentir su encanto irresistible. Su revelación es el último y supremo esfuerzo de la bondad divina para salvar á un siglo aterido por glacial indiferencia para todo lo que no es materia y goce material. Pero ¿cuál es la actitud que ofrece Jesús á los ojos del hombre,

¹ S. Aug., citado por el P. Gautrelet, El Apostolado de la Oración.

² Estatutos del Apostolado de la Oración 1. 2.

mostrándole en el pecho abierto su llagado Corazón? Difícil parece definirla: es tan completa que en ella cabe todo, todo lo más noble, sublime y delicado. Es, si queréis, la expresión del amigo, escogido entre millares, que reprocha á su amigo indiferencia y desamor: es el semblante del padre amorosísimo que con acento impregnado de infinita ternura reconviene y llama al orden á un hijo tan desgraciado como ingrato y sin entrañas. Es... ¿pero qué no es la imagen del Corazón de Jesús? Miradle de hito en hito, y veréis en esa actitud al Hombre-Dios, al Maestro universal y único¹, que dice al género humano, dominándole más por la bondad que por la soberanía de que dispone: *Mira aquí este Corazón, y aprende... Discite á me*². «Aprended, hombres, en la escuela de mi Corazón; aprended á ser humildes, y sabréis orar, como yo oro...» *Pedid, y recibiréis*³. «Pedid en nombre mío, y se os concederá cuanto pedís...»⁴ Orad, y no sucumbiréis á la tentación⁵: orad, y os salvaréis.»⁶ Ved ahí, cristianos, la sublime lección que, por medio de su imagen, nos da Jesucristo señalando su Corazón con una mano, mientras nos habla con la otra, y eleva su mirada al cielo como para decirnos: *Sursum corda! ¡Hijos míos, al cielo los corazones!*

4. Y en verdad ¿qué otra cosa ha hecho este Hombre-Dios durante los días de su vida mortal sino ofrecer ¡oh, y con cuántos gemidos y copia de lágrimas! sus oraciones ardentísimas, sus instancias redobladas al Padre de las misericordias, para impetrarlas en favor del hombre prevaricador? ¡Almas que anheláis

¹ Matth. 23, 8.

² Matth. 11, 29.

³ Io. 16, 24.

⁴ Io. 14, 13.

⁵ Marc. 14, 38.

⁶ Iac. 5, 16.

aprender la ciencia de orar! estudiad á Jesús adorador, estudiad á Jesús suplicante. Ahí tenéis el modelo perfectísimo de la oración: de él aprendieron los santos, de él aprendió y aprenderá siempre el mundo. *Sic ergo vos orabit: Así debéis orar*¹. Así se inició el Apostolado de la Oración. Adorar á Dios en espíritu y en verdad, esto es, con la sinceridad de un corazón profundamente anonadado ante la majestad del altísimo Dios, he ahí lo que debe hacer el verdadero adorador², he ahí lo que ha hecho constantemente Jesucristo en todos los instantes de su vida mortal, desde Belén hasta el Calvario, desde el pesebre hasta la cruz. Le adoró en el retiro de Nazaret y en el gran templo de Jerusalén. Le adoró en medio de los hombres, andando entre las turbas, por el día, y en llegando la noche, en campo raso, unió su voz divina á las voces calladas de los astros que alababan á su Creador en la serena inmensidad de los cielos, hasta juntar su voz con la de la naturaleza al despertar en los albores de la madrugada³.

5. Y, notadlo bien, cristianos: Jesucristo, en cuanto Dios, igual al Padre, no podía tributarle adoración; tribútasela, sin embargo, en cuanto hombre, en cuanto cabeza de la humanidad y jefe de la creación entera visible é invisible, angélica y humana; tribútasela especialmente como reparador del hombre caído y como restaurador de la gloria divina. ¡Ah! ¡quién pudiera penetrar en las profundidades sublimes del Corazón de Jesús adorador, y allí ver y admirar la perfección infinita, la excelencia y eficacia de su altísima oración!

¹ Matth. 6, 9.² Io. 4, 23.³ Erat pernoctans in oratione Dei (Luc. 6, 12).

Figuráosle por un instante, el rostro encendido y resplandeciente, como en el Tabor¹, entreabiertos los labios purpurinos, los ojos centellantes y dulcemente elevados al cielo, toda la composición del cuerpo maravillosa, deífica, indefinible, mientras pronunciaba aquellas palabras caldeadas en el horno de su Corazón: *Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre: venga ya tu reino: hágase tu voluntad*². ¿Qué pide, pues, Jesús, qué desea ardientemente? No otra cosa sino la gloria del Padre y la salud de los hombres. Nadie mejor que él conocía y amaba á la divina Majestad, nadie como él sabía cuán grave mal es para el hombre el olvido de Dios³. Figuráosle otrosí en el Huerto de las Olivas, en el sombrío Getsemaní, bajo las impresiones terroríficas de aquella noche de espanto y agonía postrado hasta tocar el suelo con la frente empapada en el sudor de sangre, repitiendo hasta tres veces: *¡Padre, si es posible acceder á lo que pido ... mas no se haga mi voluntad, sino la tuya!*⁴ Otra vez, pues, suplica Jesús á su Padre que se haga su voluntad. Siempre y en toda ocasión: *Fiat voluntas tua!* Sin duda no hay nada más justo, ni más ventajoso para el hombre que el cumplimiento de la santa y adorable voluntad de Dios. Pero aquí, en el intróito de su Pasión, ¡qué voluntad tan formidable para quien ha de ser víctima de la justicia divina! Bajo el peso de esa santa voluntad justiciera, inflexible, el Corazón de Jesús se comprime, se derrite, como la cera al fuego⁵; pero ¡oh! nunca se rebela, ni por un sólo instante se resiste.

¹ Matth. 17, 2.² Matth. 6, 9. 10.³ *Gautrelet*, Mes del Corazón de Jesús, día 19.⁴ Luc. 22, 42.⁵ Ps. 21, 15.

antes con sumisión incondicional y absoluta se somete á sus decretos de muerte acerba, ignominiosa. *Fiat voluntas tua!* Ved ahí la oración que lucha, que eleva al hombre, que le hace vencedor de sí mismo, revisitiéndole de la fortaleza de Dios. Tal es, almas cristianas, el modelo que debéis imitar: Jesucristo orando en los días de su mortalidad.

6. Y, si esto no basta, contempladle orando en la soledad del sagrado tabernáculo. Aquí, como á la diestra de su Padre, *vive para interpelar siempre por nosotros*¹. ¿Qué otra cosa hace Jesús vivo y presente en la Eucaristía, sino elevar una plegaria jamás interrumpida en favor del hombre ingrato que le olvida, del mundo perverso que le niega, de la sociedad paganizada que le menosprecia y le vuelve las espaldas? Séame lícito citar aquí al elocuente y venerado fundador del Apostolado de la Oración², citado por su no menos ilustre sucesor³: «¿Qué hace Jesucristo en la divina Eucaristía? Nada en apariencia, todo en realidad: ama, ora, se inmola. Esa es su vida en el Santísimo Sacramento. Principio único y causa universal de todo el bien que se hace en la Iglesia, su cuerpo místico, ¿cómo continúa él la obra de la redención de los hombres? Con la oración y el amor: *Semper vivens ad interpellandum pro nobis*. Ora durante el día, mientras todo el mundo se agita olvidado del cielo y de los intereses eternos... ora durante la noche; y, en tanto que todas las criaturas, sumidas en profundo sueño, quedan privadas de inteligencia para conocer á su Creador y de voluntad para amarle, Jesús conoce, ama y ora por ellas. Ora

¹ Hebr. 7, 25. ² El Rev. P. Francisco Gautrelet S. J.

³ El Rev. P. Enrique Ramière S. J.

sin cesar: las generaciones se suceden unas á otras y desaparecen del escenario del mundo; pero Jesucristo permanece siempre vivo, siempre orando por todas las generaciones.... ¡Magnífico espectáculo el que presenta Jesucristo al hacerse, por decirlo así, oración personificada, oración viviente, oración substancial y divina!»¹

7. ¿Qué debemos, pues, hacer nosotros? ¿qué deben hacer hoy y á diario los afortunados Apóstoles de la Oración? Imitar á su modelo, orar con el Corazón de Jesús y como él ora en el fondo del altar. «Unidos á su Jefe, deben participar los miembros de la vida y acción de él, deben orar y amar con el divino Salvador... El cristiano no debe tener sino un mismo deseo con Jesús, y sus suspiros deben mezclarse con los de ese Dios oculto y anonadado, para subir junto con ellos hacia el trono del Eterno, implorando gracia y misericordia.»² La oración del fiel imitador de Jesucristo debe, como la del divino Maestro, surgir del corazón, pues él ha dicho por boca de su Profeta: *De mi corazón ha brotado la buena palabra*³. ¿Qué mejor palabra que el lenguaje del corazón dirigido á Dios? La oración apostólica debe tener por blanco la gloria de Dios y la salvación de las almas: *Adveniat regnum tuum*, he ahí la aspiración ardiente, he ahí el *desideratum* de nuestro Apostolado. ¿Qué vale todo lo demás, si no converge, de cerca ó de lejos, á la mayor gloria de Dios, al reinado de Jesucristo, á la vida eterna y verdadera? Debemos finalmente orar en unión del Corazón de Jesús, nuestro Pontífice⁴.

¹ P. Gautrelet, El Apostolado de la Oración.

² P. Gautrelet l. c. ³ Ps. 44, 2.

⁴ Hebr. 3, 1; 4, 14.

II.

8. «Por conducto suyo, dice el Fundador del Apostolado, deben pasar todas nuestras peticiones y ser presentadas todas nuestras solicitudes, porque, propiamente hablando, el suplicante único y universal es Jesucristo.»¹ *Todo Pontífice asumido entre los hombres*, dice el Apóstol², *es constituido mediador del mismo hombre en sus relaciones con Dios*, es el encargado de presentarle sus dones y ofrecer sacrificios para expiación de los pecados. Tal es, en efecto, hermanos míos, tal ha sido en todo tiempo y lugar la misión esencial del sacerdote. El hombre, sobresaltado sin duda por el grito de una conciencia criminal, no se ha atrevido nunca á llegarse directamente á Dios; ha sentido la necesidad de un mediador caracterizado, y Dios mismo ha querido autorizar la institución sacerdotal revistiendo de ese carácter y dignidad á personas llamadas y escogidas, como Aarón³. Carácter sublime, que en vano trata de negar y escarnecer la impiedad naturalista, y que debe humillar tanto más al débil mortal que de él se halla revestido, cuanto más profundo es el respeto que le acarrea de los hombres, mayormente en el seno de la sociedad cristiana. Porque, en fin, cristianos, ¿quién es el Sacerdote por excelencia, el gran Pontífice de la humanidad, de quien todo sacerdocio emana y recibe su poder, así el antiguo prefigurativo, como el nuevo que ha de durar hasta la consumación de los siglos? Oigamos al Apóstol cómo expone esta admirable doctrina, basado en la valiente expresión profética del Salmo ciento y nueve: *Tu es sacerdos in æternum*, que parece complemento de aquella otra:

¹ P. Gautrelet l. c.² Hebr. 5, 1.³ Hebr. 5, 4.

*Filius meus es tu, ego hodie genui te*¹. «En otro orden de sacerdocio, en la Ley mosaica, se crearon muchos sacerdotes, por cuanto habían de terminar con la vida su misión; pero Jesús, que es eterno, inmortal en el cielo y en la tierra, goza de la plenitud del sacerdocio duradero por todos los siglos.»² Así lo ha jurado el Señor, y no se arrepentirá de su juramento³. He aquí, concluye el Apóstol de las gentes, como Jesús ha sido constituido *mediador del nuevo Testamento*⁴, Salvador y santificador de cuantos por él quieran acercarse á Dios.

9. Ni hay otro medio, en verdad, para lograr que escalen el cielo nuestras pobres y bajas oraciones, sino enderezarlas al Corazón de Aquél que dijo en absoluto: *Ego sum via: Yo soy el camino*; y: *Nadie llega al Padre sino por mi mediación*⁵. De aquí la necesidad de unir íntimamente nuestra oración con la oración del Corazón del Salvador, como lo practican los miembros del Apostolado. En efecto, Él, y sólo Él ha merecido ser escuchado por su propio respeto: *pro sua reverentia*⁶, porque era imposible fueran desatendidas sus súplicas⁷. Así lo exigía su condición de Hijo de Dios, patente y manifiesta á los ojos del Padre á través del humilde ropaje de su humanidad; así lo reclamaban su obediencia, en cuanto hombre, su santidad, su inocencia inmaculada y, por colmo de merecimientos, su sacrificio de infinito valor en el *Sancta Sanctorum* de la cruz. Y hoy mismo, cristianos, ¿no lo está exigiendo así el holocausto incruento y místico, pero real y perfectísimo,

¹ Ps. 2, 7.² Hebr. 7, 23, 24.³ Ps. 109, 4.⁴ Hebr. 9, 15.⁵ Io. 14, 6.⁶ Hebr. 5, 7.⁷ S. Anselm., in Comment. ad Epist. ad Hebr.

en que se inmola el divino Corazón á todas horas sobre nuestros altares? ¿no está allí dando gritos su sangre con más elocuencia que la del inocente Abel¹? ¡Ah! sí, ¡lo reconozco, Dios mío! La Eucaristía es la omnipotente oración que reprime vuestras iras para que no borréis de la faz de la tierra con nuevos diluvios de agua y fuego al pecador: la Eucaristía es la fuente de gracias con que salváis á tantas almas que sin ella se perderían para siempre. Sin la divina Eucaristía, sin los latidos del Corazón de Jesús, ¿podría el hombre ser oído? ¿podría orar siquiera? ¿tendrían valor alguno sus miserables oraciones? ¿atreveríase el pecador á comparecer solo, sin abogado, ante el acatamiento del Dios de la majestad?

10. Es menester, hermanos míos, carecer absolutamente del sentimiento de la Divinidad, ó estar infatuado por insensato orgullo, para no sentir el peso de la dificultad propuesta, dificultad que sube de punto tratándose, no ya del hombre inocente y puro, sino del culpado y criminal. No: el hombre, aun siendo justo, no sería jamás digno de acercarse á conversar familiarmente con Dios, pues, al decir de San Crisóstomo, el honor de hablar con Dios en la oración excede aun la dignidad de los ángeles. *Huiusmodi honor etiam angelorum amplitudinem facile superat*². ¿Qué será, pues, el pobre pecador? Las adoraciones y homenajes de la criatura, aunque sea racional ó angélica, no serán nunca dignos de la majestad divina, por cuanto la distancia, la desproporción de la criatura al Creador es inmensa, incalculable. Y luego, ¿qué méritos podrá alegar el hombre,

¹ Hebr. 12, 24.

² Chrysost., apud La Puente.

vil gusano, cuando no rebelde esclavo, para mover á piedad con sus ruegos el Corazón de Dios? Ninguno, ciertamente, si no es el de su misma excesiva miseria. No quiere decir esto que Dios, océano de bondad y de misericordia¹, no pudiera escuchar la plegaria humilde y reverente de la menor de sus criaturas. *El Señor*, dice el Profeta², *acogió la oración de los humildes, y no la despreció*; y el Sabio afirma que *la oración del que se humilla y reconoce, penetrará los nubes*³. Pero, notadlo bien, hermanos míos: esto sería debido únicamente á la indulgencia paternal de Dios, nunca, en ningún caso, á exigencias de justicia por parte de los méritos del hombre. Hay, empero, un homenaje digno, dignísimo de la divinidad; hay una voz que, saliendo del corazón humano, tiene derecho á ser escuchada y atendida por Dios mismo... ¡Qué prodigio! Tal es la voz que se levanta del fondo del tabernáculo eucarístico, ó mejor, de lo íntimo y secreto del divino Corazón; tal es el grito de la preciosa sangre del Cordero sin mancha, más agudo y penetrante en favor nuestro que lo fuera el de la sangre del inocente Abel en contra de su infeliz hermano⁴. ¡Y esta voz, hermanos míos, esta voz y este homenaje podemos hacer propio nuestro, y dirigirlo al cielo en forma de adoración y súplica! ¡Qué dignación! ¡qué dicha! ¡Podemos adueñarnos de la oración y lágrimas y perfumes de la sangre del Corazón de Jesús! Así es, en verdad, y por eso es de valor inestimable el Apostolado de la Oración en unión de Jesucristo. Él es el divino Propiciatorio, ya figurado en la liturgia de la Ley Antigua,

¹ Ps. 110, 4.

² Ps. 101, 18.

³ Eccli. 35, 21.

⁴ Hebr. 12, 24.

por el cual prometió el Eterno Padre que oiría siempre nuestras oraciones¹. ¿Quién no se aprovechará de este tesoro? ¡Desdichado el corazón indiferente ó incrédulo que lo desprecia!

III.

II. Oremos, pues, al Padre por el Hijo, como lo practica todos los días la Iglesia que pide: *Per Christum Dominum nostrum*. Y oremos también directamente al Hijo para que en él sea glorificado el Padre². El divino Corazón de Jesús es objeto dignísimo y término apropiado de nuestra oración: debemos adorarle y dirigirle nuestras súplicas. Él mismo nos invita á hacerlo, diciéndonos, como en otro tiempo á los ciegos de Jericó³: *¿Qué queréis que haga por vosotros?* Y por San Juan prometía á los discípulos: *Haré cuanto me pidieréis en mi nombre*⁴; y acababa de decirles: *Cualquier cosa que pidieréis á mi Padre en nombre mío, yo os la concederé*⁵. ¡Cosa bien digna de notarse, amados fieles! Yo, dice, haré cuanto pidieréis á mi Padre ó á mí mismo, y en mi nombre, es decir, si no vamos errados, invocando la virtud y poder que mi nombre de Hijo de Dios encierra y significa. Veis aquí cómo es lo mismo orar al Hijo que al Padre, como quiera que es uno solo el nombre y la virtud de entrambos. ¡Oh, y cómo parece quejarse Jesucristo de la cortedad de ánimo de sus Apóstoles que nada se atreven á pedirle! *Hasta ahora nada me habéis pedido: pedid y recibiréis, á fin de que vuestro gozo sea completo*⁶. Nuestro gozo será completo cuando nuestros

¹ B. Margarita María.² Io. 14, 13.³ Matth. 20, 32.⁴ Io. 14, 14.⁵ Io. 14, 13.⁶ Io. 16, 24.

deseos queden colmados; pero esto no puede suceder sino en fuerza de nuestros ruegos dirigidos al mismo Jesús, el cual nos promete concedernos cuantas gracias le pidamos. No pedirle con absoluta confianza sería tanto como vacilar en la fe de su divinidad. Por lo cual vemos en el evangelio que exigía de los que le rogaban alguna merced, por toda condición, la fe en su poder divino. Dos ciegos le seguían gritando: *¡Compadécete de nosotros, Hijo de David!* Llegados á la casa en que moraba Jesús, insisten en rogarle, y el Señor les pregunta: *¿Creéis que puedo hacerlos esa gracia?* ¿creéis que tengo poder para daros la vista por milagro? Y ellos respondieron resueltamente: *Lo creemos*. Entonces Jesús les tocó los ojos diciendo: *Hágase conforme á vuestra fe*. Y abriéronse en el acto los ojos de los ciegos¹. ¿Qué más necesitamos para certificarnos de que Jesús hará milagros en favor nuestro, si con verdadera fe y ardiente anhelo le dirigimos nuestras súplicas? Pues, ¿no lo pide así su amorosísimo Corazón, todo amor, todo misericordia?

12. Por lo demás, es indudable para todo cristiano que podemos y debemos adorar su Corazón y toda su humanidad sacrosanta con verdadero culto de latría, como adoramos su divinidad. No es éste un dogma nuevo, ciertamente, ni debe sorprender á quienquiera que sabe deducir las naturales consecuencias del misterio de Cristo. *Así como el alma racional y la carne, dice San Atanasio, es una sola naturaleza humana, el hombre; así Dios y el hombre es un solo Cristo*². No podemos, pues, adorar á Dios en Cristo sin adorar juntamente al hombre en él, porque hombre y Dios

¹ Matth. 9, 27 sqq.² Symbol. Athan.

son una sola cosa en la realidad de la unión hipostática. ¿Por ventura está dividido Cristo? ¹ podemos preguntar como el Apóstol. La respuesta es evidente: la división no existe sino en la abstracción, porque en concreto *Unus est Christus*, uno absolutamente, no por confusión ó fusión de las naturalezas divina y humana, sino por la unidad de la persona ². En el Hombre-Dios, hermanos míos, como todos sabéis, la persona única es divina, porque *el Verbo se hizo carne* ³, Dios incorporó á sí al hombre, no el hombre usurpó para sí la divinidad ⁴, que fuera absurdo; ¿y si en el hombre mismo la persona, podemos decirlo, es el todo porque todo lo sostiene y dignifica, con cuánta mayor razón debemos afirmarlo de la personalidad de Cristo, siendo aquí la persona realmente distinta de la naturaleza humana, la cual en ella y por ella se sustenta y de ella depende en absoluto? Adorando, pues, la humanidad de Cristo adoramos á la Persona del Verbo en quien esa santa humanidad, alma y cuerpo, se sustenta, en quien vive y obra como en su sujeto y principio personal. Adoremos, pues, su Corazón, el cual, aunque de carne, está animado por la vida de Dios, es el Corazón del Verbo Encarnado, digno de infinitas adoraciones, como el Padre y el Espíritu Santo.

13. Mas ¿qué deberemos pedir á Jesucristo que sea de mayor agrado para su Corazón? ¡Ah! pidámosle, hermanos míos, según los deseos del Santísimo Padre León XIII, *que vuelva á atraer á sí una sociedad que, en gran parte, se ha alejado de Dios*. Ésta es la plegaria que el mismo Jesús no cesa de elevar con arden-

¹ 1 Cor. 1, 13.

² Symbol. Athan.

³ Io. 1, 14.

⁴ Phil. 2, 6.

tísimo amor hacia su Padre, diciendo: *Adveniat regnum tuum*; y nosotros debemos acompañarle en esta oración, instándole al mismo Salvador para que vuelva á reinar sobre las almas y sobre las naciones que, en su ceguera, han sacudido su yugo suave y venturoso, y que no sólo recobre sus dominios, sino que los extienda cada día más hasta reinar como Dueño y Señor en los corazones de todos los hombres: *Adveniat regnum tuum*. Tal es el lema de nuestro Apostolado. Oremos, pues, con las mismas intenciones por las cuales ora y se inmola día y noche el Corazón de Jesús en el altar, y el Dios de bondad escuchará nuestras plegarias. Así sea.

TERCER PANEGÍRICO DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

(predicado en la iglesia de San Ignacio de Bogotá, en la fiesta del Apostolado de la Oración, 1896).

Dilectus meus mihi, et ego illi.

Mi Amado es todo para mí, y yo soy toda para él.

Cant. 2, 16.

1. Veinticinco años hace que un respetable cuerpo de generosos cristianos tributa en este mismo día y en este hermoso templo sus fervientes homenajes al sagrado Corazón de Jesús. La *Pia Unión* reúne en un concierto de melodiosas armonías, en haces de simbólicas luces y en poderosa corriente de afectos todo cuanto puede allegar para la pompa de tan hermosa festividad, haciéndola, en cuanto cabe, digna de su adorable objeto. La Compañía de Jesús, establecida por tercera vez en esta capital hace doce años ¹, vino á tiempo para

¹ El año de 1884 se restableció la Compañía en Bogotá.